

allí. Él, por su parte, la devoraba con los ojos; la joven se dignaba algunas veces encenderle los cigarros; todo esto era como otros tantos besos de aquella boca inaccesible para él. Otras veces le dejaba sólo con su retrato, y se marchaba, bien para recibir alguna visita, para vestirse ó para ir al teatro.

Mas de una vez había almorzado con ella; pero permanecía tanto tiempo en la mesa, contándole historias que ya conocía ó que adivinaba, que no le volvió á invitar.

Entonces fué cuando se representó la comedia sentimental que voy á referir.

XII.

La moral en acetón.

En vano arrojaba Esther agua al fuego; pues el incendio aumentaba más cada día.

—Ese hombre es un pequeño Vesubio (dijo la Comedianta); afortunadamente no soy Pompeya.

Gantua, por su parte, se decía diariamente:

—¿Quién sabe? El presente es suyo, pero el mañana será mío.

Temiendo fastidiarla, se ciñó estrictamente al papel de amante platónico.

Cuando se terminó el retrato, le escribió Esther lo siguiente:

«Amigo mío: Envío á V. tres billetes, dos que tienen una buena firma, pues llevan la de SOLEIL, y otro que no tiene curso en la plaza, porque está firmado por

»ESTHER.

»Venga V. al teatro á verme cuando trabaje.»

Esto no consoló á Gantua; su primer impulso fué devolverle en seguida los dos billetes de mil francos, pero temió que se enfadara la Comedianta. Además, su talento, aunque por todos reconocido, no le había proporcionado la riqueza.

El tercer billete no le agradó tampoco mucho. Esther le decía que fuera á verla al teatro, lo cual se parecía á cerrarle las puertas de su casa. Lloró sobre los tres billetes, y también sobre el siguiente, que escribió á la joven:

«Señora: todo lo que procede de V., debe ser sagrado para mí, y no tengo el derecho de rehusar; mis ilusiones se desvanecen; despierto de un adorado ensueño. Espero que algún día me haga V. el obsequio de aceptar un retrato que le ofrezca yo gratis: ese día me consideraré mejor pagado que hoy.»

Y firmó por la primera vez:

PABLO DE FERRIER.

Juzgó que la época de Gantua había ya pasado.

—¡Pobre Gantua! (dijo ella.) ¡Ah! ¡si pudiera uno amar todo lo que es bueno! Pero no se ama sino lo que es malo.

Le escribió otra carta, que reanimó un poco

el corazón del pintor; así es que, después de algunos días de penitencia, volvió á casa de Esther, entre amoroso y resignado.

En esa situación se encontraban, cuando un día, una jovencita muy gentil fué á buscar á la Comedianta.

Muy gentil, pero muy mal vestida, con un sombrero del año anterior, un traje sin fecha, unas botas torcidas, y una sombrilla por paraguas, pues había llovido aquella mañana.

Esther no quería recibirla; pero dispensó el traje en gracia del rostro, rostro entristecido por los pesares, pero puramente parisiense, y simpático por consiguiente.

—Supongo (le dijo Esther) que querrá V. una carta de recomendación para algún teatro.

—No, señora.

—¿En qué puedo servirla entonces?

La recién llegada rompió á llorar.... Pero aquellas no eran lágrimas de teatro....

Esther tomó cinco monedas de veinte francos de sobre la chimenea para dárselas.

—¡Oh, señora! Doy á V. gracias, pero no es eso.

Entonces la curiosidad de la Comedianta se despertó.

—Si no es eso, ¿qué es entonces?

Y le tomó una mano.

—Señora, no me atrevo á decírselo á V.

—Hable V.; ya la escucho.

Entonces, toda llorosa, pálida y demudada, se dejó caer sobre una silla y refirió, con voz cortada por los sollozos, que era muy desgraciada, porque un joven pintor, con quien debía casarse, se había enamorado perdidamente de una comedianta.

Esther comprendió.

—Entiendo á V., mi pobre niña; se ha figurado V. que le voy á quitar su amante.

—Sí, señora.

—Pero no del todo.

—¡Oh, señora! ¡no está jamás en casa!

—¿Sabe V., pues, que viene aquí?

—Seguramente. Le he seguido tres ó cuatro veces. Ayer, sin ir más lejos, me encontró á la puerta de esta casa, y faltó poco para que me pegara, porque le quise impedir que llamara. ¡Ah! ¡qué desgraciada soy!

—¡Le ama V. mucho!

—Sí, señora; con locura. Por él abandoné á mi familia. Me ha jurado que se casará conmigo. Después he vuelto á Fontainebleau, á casa de mi madre; pero me recibieron tan mal, que he tenido que vivir de mi trabajo, aunque mi padre tiene alguna fortuna. Ahora estoy tan desesperada, que mi único pensamiento es arrojarme al Sena. Poco me faltó ayer para concluir con mi vida. Pero me ocurrió la idea de venir á

ver á V. Las actrices son buenas. No puede V. querer mi muerte, arrebatándome el hombre que amo.

—Ciertamente, hija mía; pero nunca he tenido intención de quitárselo á V.; al contrario. Sin embargo, para que se le desvanezca á V. cualquier recelo, quiero probarle que ha hecho V. muy bien en venir. ¿Ha almorzado V.?

—No, señora.

—Pues bien: almorzaré V. conmigo. Al mismo tiempo buscaremos el mejor medio para que todo el mundo quede contento. Ante todo, ¿cómo se llama V.?

—Eugenia Rivière.

—¡Pobre niña! Tiene V. un apellido predeterminado á echarse al agua. ¿Cómo conoció V. á M. Pablo de Ferrier?

—Porque yo tengo un tío en Barbizon, que es pintor, y allí encontraba á Gantua muy á menudo.

—¿Y era V. muy dichosa al principio?

—Sí. ¡Ha querido hacer mi retrato; no lo concluyó!...

—Conozco ese sistema. Naturalmente, habrá V. perdido la cabeza al mismo tiempo que el corazón. ¿Se habrá apoderado de V. por asalto?

Eugenia Rivière enrojeció hasta las orejas: un rubor de niña honesta á quien el amor no ha hecho impura.

—No me acuerdo, señora.

Almorzaron, y convinieron en representar una pequeña comedia, para traer al pintor otra vez al buen camino.

Se empezó por enviarle la siguiente carta:

«Mi querido Van Dyck: Me parece haber prometido á V. cierto día una entrevista: venga V. esta noche á comer conmigo, á las ocho en punto.»

»ESTHER.»

Grande fué la alegría de Gantua al leer aquella carta, que le parecía mentira.

—¡Al fin!—exclamó.

Y como el orgullo es siempre de la partida, continuó:

—Ya sabía yo muy bien que al fin pasaría esto.

Estaba pintando un paisaje en su estudio. Tiró los pinceles, y se estuvo una hora larga arreglándose.

Cuando hizo su entrada en casa de la Comedianta, estaba soberbio. Era una hermosa tarde de verano

Esther le recibió con una dulzura desconocida para él. Un poco más, y hubiera querido tomar un adelanto á cuenta de su soñada felicidad; pero ella le contuvo con estas palabras:

—Aún no hemos llegado ahí.

Le pidió permiso para ir á inspeccionar la comida.

—Mientras, puede V. quedarse en este saloncito leyendo los periódicos.

El pintor se puso á leer el folletín de un diario de la noche; entre líneas leyó otro folletín muy diferente.

Estaba tan contento, que se preguntaba si no estaría demasiado alegre cuando llegara el momento de romper las hostilidades.

Gantua no desconfiaba de nada.

Un instante después, le sacó Esther de sus deliciosos ensueños, y, cogiéndose á su brazo, le condujo al comedor.

—Siéntese V., y espéreme cinco minutos.

El pintor se entretuvo en el *ménu*: lo que le sorprendió más agradablemente fué el *chateau-yquen*, el *clos-rougeot*, y el *champagne-frappé*.

—¡Vinos elocuentes!—murmuró.

Al cabo de cinco minutos, apareció Esther. Nunca un espectáculo más imprevisto sorprendió á ningún enamorado.

Esther abrió una puerta, y apareció metamorfoseada en doncella de buena casa, al mismo tiempo que en criada de Molière, y quizás de Marivaux, por la coquetería de su cofia y por la forma de su delantal. Si el traje hubiera caído, se hubiera convertido aquel en una verdadera hoja de parra.

Gantua no comprendía aquéllo: el menú se le escapó de la mano.

La escena se complicó: su prometida había entrado detrás de Esther.

Ésta tomó la mano de aquélla.

—Señor de Ferrier, tengo el honor de presentar á V. á la señorita Eugenia Rivière, vulgo Nini Rivière, que V. mismo debía haberme presentado antes.

De pronto se levantó Gantua, como si el demonio le hubiera cogido por los cabellos.

Sí, sí; era la misma Nini Rivière, pero muy diferente, porque Esther se había pasado dos horas arreglándole uno de sus trajes.

Se había divertido en vestir á la joven de arriba abajo, según la última moda. Ella, en cambio, había cubierto sus cabellos con una cofia de cinco francos.

El pintor, extraordinariamente sorprendido, no acertaba á pronunciar palabra.

De repente una idea terrible le hizo palidecer y volver en sí. Era un pensamiento indigno de la protectora y de la protegida. ¡Ingrato! Creyó que Esther se había encargado de la educación de su prometida para lanzarla luego al mundo galante. Experimentó un sentimiento tan grande de desagrado, que su amor por la Comedianta vino á refluir sobre Nini Rivière.

Por poco no le arranca el traje á la joven;

pero Esther no le dejó mucho tiempo en aquel error.

—Vamos (dijo); hoy es la comida de desposados; no solamente doy de comer á los dos, sino que yo misma serviré á Vds., lo cual entiendo un poco, pues he representado más de una vez las criadas de Molière. Mucho me voy á divertir viendo dos personas dichosas.

La prometida de Gantua, conmovida con las palabras de Esther, lloraba como una niña. Gantua tampoco ocultaba sus lágrimas.

Esther ocultó las suyas, pensando que la felicidad estaba allí, y era el amor de aquellos dos seres.

—Caballero (dijo al joven pintor), mi amiga Nini Rivière no es una mujer: ¡es un ángel! Quiero que sea mi amiga; pero deseo también que se case V. con ella....; y con la mano derecha.

¿Por qué Gantua no se casó al fin con Nini Rivière con la mano derecha? Probablemente, porque ya se habrían casado con la izquierda.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO